

# Introducción. Un jarro de agua fría

Tania Tena Pérez

Periodista y doctora en Estudios Feministas y de Género

Quise estudiar periodismo desde los doce años. Concretamente, desde que en la serie de ficción *Cuéntame cómo pasó* vi cómo el personaje de Toni Alcántara contaba la Revolución de los Claveles portuguesa. Con esa y con otras referencias de la vida real, me construí una imagen mental del periodista: libreta y bolígrafo en mano, llamadas de teléfono en las que se narraba la crónica, cámara colgada del cuello, cigarrillos y conversaciones interminables.

Nunca dudé de la elección de mi profesión: yo quería contar la actualidad porque eso era lo más cercano que existía a vivir la historia. En esos momentos tenía una conceptualización muy romantizada del periodismo. Desde los doce años y progresivamente hasta que entré en la carrera, esa imagen del periodista se afinó en mi imaginario con fuerza y no fue hasta el comienzo de mis estudios en la Facultad de Ciencias de la Información cuando empezó a desdibujarse.

El primer motivo de ese cambio, que considero compartido con muchas y muchos estudiantes de esos años, estaba relacionado con la gran transformación del paradigma de la comunicación que se estaba viviendo. Mis estudios transcurren mientras empiezan a convivir realmente las redacciones de papel con las redacciones digitales, cuando las grandes empresas informativas permiten suscribirse a una mensajería de texto para tener información en tiempo real en los dispositivos móviles, cuando las primeras *BlackBerry* permiten mandar mensajes instantáneos entre sus dispositivos y cuándo comienzan a

**Cómo citar:** Tena Pérez, Tania. «Introducción. Un jarro de agua fría». En *Periodismo con perspectiva de género: igualdad y valores democráticos*, coordinado por Marta Reig González, 11-14. Madrid: Ediciones Complutense, 2025. <https://dx.doi.org/10.5209/hei.007.00>

proliferar los blogs. Sin embargo, yo aún estaba estudiando otra profesión, una que aún no incluía estos avances y que me (nos) descolocó a toda una generación de periodistas que finalmente aprendimos la nueva realidad del oficio a golpe de prácticas no remuneradas.

El segundo motivo, creo que esta vez menos compartido con mis compañeras/os de carrera, fue cuando me di cuenta que la imagen que me había construido en torno a cómo es un periodista, respondía a las señas de identidad de «varón blanco» y no se identificaba con mi persona, ni con la diversidad de estudiantes que llenábamos las aulas. Este hecho es verdaderamente importante porque una persona construye comúnmente su realidad con lo que ve, observa e interioriza del exterior. De repente (y fue verdaderamente de repente), me di cuenta de que prácticamente todos mis referentes periodísticos eran varones blancos occidentales. Y ojo, no estoy diciendo que esté mal tener estos referentes, pero la pregunta en realidad era otra, ¿por qué solo estos referentes?, ¿no tenía (o no consideraba) a ninguna mujer periodista como referente?

Tras este primer *shock*, pude estudiar *The Female Spectator* de Eliza Haywood y *La pensadora gaditana* de Beatriz Cienfuegos; conocer e investigar sobre figuras históricas como Carmen de Burgos, más conocida como *Colombine*; Sofía Casanova, María Teresa León, Emma Goldman, Flora Tristán, Gloria Steinem, Gerda Taro, Lucía Sánchez Saornil o profundizar en la publicación *Mujeres Libres*, entre otras. Incluso pude aprender a mirar a las periodistas en activo de esos momentos con otros ojos (acción que siempre requiere de un esfuerzo mayor debido a la falta de perspectiva histórica) y empezar a ver el trabajo diario de Rosa María Calaf, Mercedes Milá o Pepa Bueno desde otra mirada. Conocer a todas estas mujeres me produjo una sensación de admiración y alivio, ya que los referentes juegan un incuestionable papel en los procesos que permiten sentirse capaz de hacer algo y, a la vez, sentirse parte de la sociedad.

Más compleja fue (y continúa siendo) la tarea de encontrar referentes de mujeres periodistas no occidentales, incluso de periodistas mujeres racializadas en Occidente. Situación que también se repite en el caso de varones no occidentales o varones racializados en Occidente y que responde a la perspectiva colonial con la que se sigue mirando el mundo.

Sin embargo, y como la realidad demuestra, la visibilización de referentes no era suficiente, tampoco lo era que cada vez hubiese más mujeres periodistas en puestos directivos y de responsabilidad dentro de las empresas informativas. Porque el verdadero quid de la cuestión estaba y aún está en los contenidos in-

formativos. En esa línea, seguí preguntándome, ¿es que tampoco hay mujeres en el mundo que hagan cosas noticiables?, ¿por qué la mayoría de publicaciones hechas por mujeres y para mujeres son un nicho propio dentro de la información (que además no está bien valorado)?, ¿es que las mujeres no forman parte del mundo y, por tanto, de la información global sobre este?

Se trata, como explica Chimamanda, del «peligro de la historia única» y es que es imprescindible atender al discurso: por un lado, qué historias se cuentan, quién las cuenta, desde qué perspectiva y por qué se cuentan y, por otro lado, quién las recibe, cómo las recibe y qué idea del mundo se construye de ello. Y es ahí donde está el verdadero reto, por lo menos mientras que el periodismo, o cuarto poder, siga actuando como un fundamental catalizador informativo y de opinión en las sociedades.

Actualmente, a la vez que avanza el cuestionamiento de la historia única, también avanza el desarrollo tecnológico y, con este, la multiplicación de las diferentes plataformas de comunicación, lo que permite abrir nuevos espacios informativos que posibilitan dar voz y espacio a los discursos no hegemónicos, que no «encajaban» en los medios de comunicación convencionales. Sin embargo, esos mismos espacios también suponen un arma de doble filo ya que, en su base, siguen reproduciendo la estructura y, por tanto, además de continuar con el relato único, pueden llegar a convertirse en un gran nicho de mensajes de odio. En el caso que nos ocupa, de contenidos especialmente misóginos.

Desde un punto de vista periodístico, es importante tener en cuenta que actualmente el tiempo entre que sucede el hecho o acontecimiento y la comunicación del mismo ha desaparecido en la mayoría de las situaciones; que los medios de comunicación convencionales se están reestructurando en relación al *boom* de las diferentes plataformas; y, sobre todo, que la figura del o de la periodista se ha desdibujado cuando no desaparecido. Cada vez es más urgente, por tanto, discernir entre información, creación de contenido y entretenimiento.

Ante este estado de sobreinformación, se necesita un periodismo ético. También se necesitan medios de comunicación comprometidos con la igualdad de género que actúen como baluarte ante sociedades que aún siguen siendo patriarcales. Solo así las empresas informativas podrán estar alineadas con los valores democráticos.

Y bajo esa consigna, se ha trabajado este libro donde se profundizará en el papel del periodismo como altavoz del sistema patriarcal, en su responsabilidad social como diseñador del imaginario colectivo y en la importancia (o

condición *sine qua non*) de informar con perspectiva de género, y yo añadiría decolonial, haciendo hincapié en la propia práctica periodista a través de ejemplos y consejos de buenas prácticas.

En definitiva, esta publicación propone una clara toma de conciencia con la realidad periodística que sienta como un jarro de agua fría y es que, después del susto inicial, te despierta, abriendo así la puerta a realidades y perspectivas más honestas y críticas del ámbito periodístico histórico y actual.